

ESTUDIOS HISTÓRICOS.



¿Qué queréis que haga yo con estas monedas? preguntó el niño

LA PESTE DE SEVILLA.

I.

Era el año de 1350. Las tropas cristianas con su rey Alfonso IX ponían estrecho cerco á la ciudad de Algeciras, cuando el azote terrible de la fiebre amarilla, comunicada desde el campo agareno, llevó la muerte y el estrago al campo de los sitiadores. Alfonso IX muere víctima del contagio, y el reinado de su hijo el famoso don Pedro I, el Cruel, se inaugura con la desolacion de una terrible epidemia en todos los pueblos de Andalucía. Pero si el contagio diezma á los habitantes de todas las poblaciones del

reino, para Sevilla habia reservado, por decirlo así, sus dolores mas agudos y sus mas crueles tormentos. La peste se declaró de repente en la populosa ciudad, y estendiendo sus descarnados brazos del uno al otro extremo, queria destruirla enteramente. Y en verdad que era un espectáculo espantoso el que ofrecian las calles, las plazas y las encrucijadas de la pobre Sevilla. La muerte en todas partes, pero una muerte asquerosa é infecta; do quiera el silencio, pero un silencio de luto, de miedo y de horror. Los cadáveres yacian amontonados en el suelo; las casas estaban cerradas: á nadie se veía en las calles, ó si por casualidad alguno se arriesgaba á atravesarlas, corria sin volver la cara atrás, cual si el azote le siguiese para caer sobre él duro y terrible.

SEGUNDA SERIE.—1856

AÑO XIV. 7.

Vivia en la calle de la Lechera una muger llamada Sara Felix, cuyo nombre pronunciaban sus vecinos con respeto. Retirada con un hijo á quien queria en extremo, miraba como hermanos á los que poblaban su calle, porque todos eran judíos como ella, y en aquella época perseguidos y mirados mal los judíos, hallaban en la union una recompensa al desprecio que los habia confinado en un rincon de la ciudad. Queríanla tanto mas los judíos, cuanto que conocia ciertas composiciones antipestilenciales, conocimiento que adquirió durante su residencia en Oriente por espacio de muchos años. La bebida que componia no dejaba de ofrecer buenos resultados empleada al principio del mal, y sus correligionarios tenian la mayor confianza en su remedio.

Como la judía prodigaba el tesoro de salud que poseía, se agotó una mañana, y como si la peste hubiese conocido la estincion de su enemigo, redobló su furor aquel día, y muchos desgraciados se agolparon á la puerta de Sara, implorando su piedad. Llena de compasion la caritativa muger, quiso preparar la bebida; pero como le faltase una planta indispensable para que surtiese buen efecto, llamó á su hijo y le preguntó:

—Jacob, ¿no oyes esas voces y esos lamentos que lanzan en la calle?

—Si, madre, respondió Jacob; esos que gimen son Daniel Gomez y Job Manilo atacados de la peste.

—¿Los salvarías si pudieras?

—¡Oh! si: ¿qué debo hacer?

—Atravesando la ciudad...

Sara se paró de repente, se puso pálida y comenzó á llorar.

—¿Qué tienes, madre? exclamó el niño.

—Me ha asaltado un pensamiento espantoso, dijo la madre sollozando... Tal vez al pasar por medio de tantos cadáveres respirarás un aire contagioso, y...

—¿Y eso qué importa? interrumpió el niño: ¿la ley de Moisés no dice que nos socorramos los unos á los otros?

—Tienes razon, Jacob: tú eres la gloria de la pobre Sara, y Dios te concederá su proteccion. Atraviesa la ciudad, dirige á la huerta de los Remedios y en ella encontrarás la planta que necesito.

Dió en seguida á su hijo las instrucciones necesarias, y le dijo llorando:

—Anda, querido Jacob; que el patriarca cuyo nombre tienes te proteja, y vuelve pronto á mis brazos para bien de los que padecen y consuelo de tu pobre madre.

—¡Adios! exclamó el niño, y desprendiéndose del cuello de la judía, que lo tenia estrechamente abrazado, se precipitó hácia la calle, mientras su madre caía de rodillas bañada en lágrimas y sin fuerzas para buscar en la oracion un refugio contra las crueles angustias de la ansiedad.

II.

En el cuartel de San Isidoro, no lejos de la parroquia de este nombre, se veía una casa mucho mejor que las que le rodeaban, y al frente de la cual se habia parado un grupo de hombres acometidos por la peste. Los mas enfermos, á fuerza de gritar, caian medio muertos; pero el ruido no cesaba, y cada vez acudian mas infelices, agolpándose á la casa, que permanecia cerrada y en el mayor silencio.

—¡Maldito médico! gritó uno; ¿pues no reserva para él sus remedios de Satanás?

—Los pobres no tienen derecho á que los asista, dijo otro.

—¡Fuego á su casa! gritó un tercero.

Es probable que hubieran arrojado un hachon encendido á la puerta del médico, si uno de los enfermos no hubiese gritado:

—¡Ahí viene! ¡ahí viene!

La muchedumbre se precipitó hácia él; pero los soldados que escoltaban al médico rechazaron á los infelices con las picas, y no pudiendo estos sufrir aquel choque, cayeron unos sobre otros sin poderse levantar.

Ademas del grupo de soldados que rodeaba al médico, iban detrás cinco ó seis hombres con un carrito, los cuales se ocupaban en recoger los cadáveres que yacian en las calles.

—¿Qué es esto? exclamó el médico al llegar á su casa. Recoged esos cuerpos.

Acabada esta operacion sacó un frasquito, roció sobre las piedras parte de su contenido que olia á cloruro, distribuyó á los que le habian acompañado un poco de este licor, y entró en su casa, seguido de un joven y de tres soldados que se hallaban á sus inmediatas órdenes.

Luego que el médico se retiró á su laboratorio con el joven, que era su discípulo, ambos se frotaron las manos y las sienes con alcanfor, y dirigiéndose al mancebo su maestro le dijo:

—Oliveros, ¿qué has descubierto sobre la enfermedad?

—Nada de positivo.

—¿Y acerca de los síntomas?

—Que son tan variados como los colores del arco iris.

—¿Cuántos muertos ha habido ayer?

—Cerca de seis mil.

—¿Han tenido muchos los judíos?

—Cinco solamente!

—Cinco! repitió el médico paseándose con precipitacion; ¿no es una vergüenza que cuando los cristianos caen á millares, esos judíos salgan tan bien librados?

—Dicen que Sara Félix posee un secreto, dijo el discípulo con timidez.

—No me hables de eso, gritó el físico en el colmo de la ira: no hay secretos que valgan... ¡sortilegios de la hija de Satanás!... á menos que las voces que se han esparcido no tengan algun fundamento.

—A propósito de lo cual, debo decirte que el hijo de la judía Sara ha ido esta mañana á la huerta de los Remedios donde le he visto coger una planta, cuya propiedad es venenosa: si quereis podemos detenerle todavia cuando pase por la plazuela de San Isidoro.

El médico sin decir una palabra se lanzó á la calle, y se dirigió á la plazuela por donde Jacob debia pasar, situándose á corta distancia Oliveros y los tres soldados.

Entretanto Jacob, despues de haber hecho gran provision de la planta que debia salvar á sus hermanos, caminaba alegremente y de priesa. Habia formado un manojo con las yerbas, se lo habia puesto en la cabeza para que nada le embarazase, y pensaba en su madre al mismo tiempo que caminaba á su casa.

—¡Pobre madre! se decia; ¡cuánto no será su placer! Yo secaré con mis besos sus lágrimas, y daremos la vida á Da-

niel... Si, que mi patrono me ha protegido hasta aqui, y espero que no me abandone...

Cuando desembocó en la plazuela, el médico dijo á los soldados:

—Que uno de vosotros detenga á ese chico:

Jacob divisó el grupo, y dudó un momento si volvería atrás ó seguiría su camino: pero acordándose de que los moribundos le esperaban, se adelantó con resolucion, y á los pocos pasos se vió rodeado por los tres hombres de armas, uno de los cuales le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—Sígueme, que quiere hablarte el médico de la ciudad.

—¡El médico de la ciudad!..... pensó Jacob; ¡soy perdido!

Y volviéndose hácia el soldado que le tenia sujeto, exclamó:

—¡Infeliz! ¡no me toqueis, que tengo la peste!

Los soldados retrocedieron con espanto, y Jacob echó á correr como una exhalacion.

Oliveros se disponia á seguirle, pero no tuvo precision de demostrar su agilidad, porque aun no se hallaba el pobre judío á un tiro de ballesta, cuando sintió un frio glacial, temblaron sus piernas, y cayó al suelo soltando el manojo de yerbas.

III.

—¡Buena puntería! dijo el médico cuando vió caer á Jacob: bien vale este tiro tres maravedises de plata.

Y sacando unas monedas de su escarcela, pagó al soldado su bajo asesinato; porque lo que habia detenido al pobre judío en medio de su carrera, no era la peste, como cualquiera presumiria, sino un tiro de ballesta disparado por orden del malvado médico.

Acercóse despues á Jacob, que yacia sin conocimiento; alzó las yerbas, y despues de examinarlas un rato, exclamó:

—¡No hay duda! es veneno, y no de los peores... Oliveros, reconozcamos á ese chico, pues necesito que viva.

Inclinóse hácia el muchacho, y declaró que solo estaba desmayado, porque el tiro le habia dado á lo largo de la sien izquierda, y sin duda perdió el conocimiento aturdiendo con el dolor que debió sufrir al sentirse herido en parte tan delicada.

El médico llamó á los soldados, les mandó que trasportasen el judío á su laboratorio, y á pesar de la brevedad de la travesía, no pudieron llegar á casa del doctor sin ser vistos. Un hombre escondido detrás de los vidrios de su ventana, los vió pasar y se dijo para sus adentros:

—¡Bien cumple el cirujano las leyes que hay sobre la materia! ¿Pues no se lleva un cadáver para diseccionarlo?

Entretanto el físico y sus acólitos entraron en casa, cerraron la puerta, dejaron á Jacob en una sala contigua al laboratorio, y habiendo ordenado el médico á los soldados que se retirasen, sin dar el menor socorro al herido, lo dejó encerrado y penetró con Oliveros en el santuario de las ciencias.

—Escucha, amigo, dijo á su discípulo: tengo confianza en tí, y te voy á revelar mis secretos. No creas que estoy interesado en perder á la maldita judía, porque envidio su saber; ¿qué me importan á mí algunos cadáveres mas ó

menos?... Ya sabes que hace muchos años abrigo el deseo de vengarme del señor de Luna, á quien aborrezco de muerte. Hace ocho dias que al retirarme á mi casa solo y ya de noche, comencé á llover á cántaros, y resolví quedarme en la primera casa donde me admitiesen. Llamé, pues, á una puerta, y al cabo de algunos instantes se asomó un hombre al balcon y me preguntó qué queria.

—Albergue por esta noche, le dije.

—En otra parte habrá proporcion; lo que es aqui no podeis entrar.

—Soy el médico de la ciudad.

Apenas pronuncié estas palabras bajó el hombre á abrirme, y me introdujo en una habitacion donde habia un enfermo, suplicándome lo asistiese. Acerquéme á él, y házle cargo de cuál seria mi alegría al reconocer al señor de Luna, mi mortal enemigo!... Le miré en silencio saboreando las delicias de la venganza, y me retiré sin querer asistírle.

Al llegar á la puerta me encontré con la maldita judía, enviada allí por mandato del demonio.

—Hombre sin piedad, me dijo, ese hombre no necesita los socorros de vuestro arte; yo le salvaré.

Sali sin decirle una palabra; mas hoy he visto que cumplió su promesa; he encontrado á Luna, convaleciente todavía, pero enteramente sano... Ahora bien, es preciso que la judía muera.

—¿Qué vais á hacer para conseguirlo? preguntó Oliveros.

—Acusaré á la judía de que ha envenenado las fuentes, y entregaré el chico al verdugo para que cante de plano.

—¡Magnífico! exclamó Oliveros; yo esparciré la voz del envenenamiento, y vos presentaréis la acusacion á los tribunales.

Entretanto Jacob, gracias á la frescura del aposento, habia ido volviendo en sí. Luego que abrió los ojos miró á todas partes, y estaba admirado de hallarse entre cuatro paredes, en una habitacion que no conocia. Se estregó los ojos varias veces como para despertar, y un dolorcillo que sintió en la sien le recordó lo que habia pasado. Se puso entonces en pie y oyó hablar: aplicó el oido y llegó á él el nombre de su madre: puso mas atencion, y no perdió ni una palabra de la conversacion habida entre el médico y Oliveros.

Abrieron la estancia en que se hallaba, y una criada le condujo á donde se hallaba el médico y Oliveros. Despidieron á la criada, que mal contenta se retiraba no sin volver á cada momento la cabeza, curiosa de lo que iba á suceder entre aquellos hombres y el niño que desmayado habian llevado á la casa.

Tomó el médico un semblante afable y cariñoso, y dió dos monedas de oro á Jacob.

—Toma, hijo mio, esas dos doblas de oro para que puedas socorrer á tu madre, le dijo con hipócrita acento.

—¿Qué queréis que haga con estas monedas? preguntó el niño tomando una en cada mano.

—Guárdalas para tí, hijo mio, y mañana cuando ante unos señores te pregunte dónde has ido á coger esas yerbas, dices la verdad y les cuentas cómo tu madre las preparó y las reparte, y las echa en las fuentes de la ciudad.

—Mi madre no las reparte sino á algunos vecinos, no las ha echado jamás en las fuentes.

—Si, pero tú lo dirás.

—¡Si es mentira!

—Lô dirás, ó si no... ningun mal la vendrá, y yo en pago ademas de esas monedas cuidaré de ella y de tí, y le haré muchos regalos.

—Bien, lo diré.

Seguro y creído el médico de haber engañado á Jacob, marchóse con Oliveros, dejando encerrado á aquel.

Luego que Jacob estuvo cierto de que se habian ido, rompió á llorar, diciendo:

—¡Pobre madre! el malvado quiere que mueras, y á mí me destina al tormento como si fuese un criminal...

Pero bien pronto cesó de llorar y dijo con resolucion:

—¡No, no sucederá esto por el Dios de Israel!... yo avisaré á mi madre, y partiremos juntos. Iremos lejos... muy lejos de aquí... ¿Mas cómo saldré de este maldito aposento? Todo está cerrado... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Salvad á mi pobre madre!...

Se dejó caer sobre un banquillo de madera, y apoyando la cabeza en ambas manos, comenzó á llorar de nuevo.

IV.

Mientras Jacob se hallaba entregado á sus meditaciones y á su dolor, su buena madre, á quien dejamos en el momento en que buscaba un refugio contra los tormentos de la inquietud, esperaba con ansia la vuelta de su hijo, y se le hacian siglos las horas. Cada vez que oia pasos en la calle aplicaba el oido, estendia los brazos y clavaba la vista en la puerta por donde debía entrar Jacob; pero los pasos se alejaban poco á poco, y Jacob no entraba. Entonces volvía á rezar la desolada judía, y pedía al cielo anegada en lágrimas que le volviese á su hijo.

De pronto se oyó un gran ruido en la calle, y á poco se vió Sara rodeada de hombres y de mugeres que imploraban su piedad.

—¡Sara, libra de la muerte á mi hermano!

—¡Sara, ten misericordia de nosotros!

—¡Bálsamo! ¡bálsamo!

Entregada Sara á su dolor no comprendió al pronto lo que querian aquellos hombres que no cesaban de gritar: pero de repente exclamó con voz dolorida:

—¡Mi hijo! ¡Volvedme mi hijo!

Los apestados la miraron con asombro, y abriéndose ella paso por en medio de los judíos, salió á la calle como una loca, y desapareció seguida de todos aquellos á quienes la enfermedad habia dejado el uso de las piernas.

El primer cuidado de Sara fué dirigirse á la huerta de los Remedios, y despues de reconocer las huellas de su hijo, tomó el camino que conducia á la plazuela de San Isidoro. Si tropezaba en las calles con el cadáver de algun niño, se bajaba para reconocerlo, y cuando veía que no era Jacob, corría con precipitacion por en medio de los cadáveres gritando:

—¡Jacob! ¡hijo mio! respóndeme.

Así llegó á la plazuela, y el hombre á quien ya hemos visto detrás de los vidrios, al oír á Sara se asomó al balcón, y la preguntó:

—¿A quién buscáis así?

—¡A mi hijo! ¿lo habeis visto?... Decídmelo por el Dios de Israel.

—¡Es judía! murmuró el hombre, y cerró la ventana.

—Sed generoso, gritaba Sara, decidme dónde está mi hijo... llevaba una chaqueta verde de sarga, y una gorra amarilla de visera alta...

Tanto rogó la judía, que el hombre que habia permanecido detrás de los vidrios abrió otra vez la ventana, y la dijo:

—Escucha, judía; yo he visto al muchacho de que hablas, y si quieres que sus huesos no se vean despojados de la carne, date prisa, porque ha caído en manos del médico de la ciudad, quien lo ha llevado para disecarlo.

La pobre madre lanzó un grito que resonó á lo lejos, y cayó en medio de la plazuela sin conocimiento.

En aquel mismo instante entraba Oliveros en casa de su maestro, á quien halló en el laboratorio paseándose como un tigre dentro de la jaula.

—¿Qué hay de envenenamiento? preguntó al discípulo.

—Se ha esparcido la voz por toda la ciudad, y el pueblo amotinado quiere matar á los judíos.

—¡Bueno! por lo que hace á mí he presentado la acusacion, y sea por medio de los tribunales ó valiéndome de la furia popular, espero satisfacer mi venganza. La declaracion del niño acabará de convencer á todos.

—Maestro, ya que he ejecutado lo que me habeis prevenido, ¿no me dareis la llave del arca donde está encerrado el libro que contiene los secretos de la ciencia?

—¡Mis secretos! repuso el médico pálido como la muerte.

—Así me lo prometisteis.

—¡Jamás!

—¡Pues bien! respondió Oliveros; desde hoy me separo de vos.

—Haz lo que quieras, dijo el médico con frialdad, y se marchó con el manejo de yerbas arrebatado á Jacob.

Oliveros lloró de rabia, se mesó los cabellos, y pensaba en los medios que emplearía para vengarse del médico que tan vilmente le habia engañado, cuando llamaron á la puerta. Fué á abrir, y una muger desalentada se precipitó en la casa gritando:

—¡Mi hijo! ¡dadme á mi hijo muerto ó vivo!...

—Ven conmigo, dijo Oliveros, y condujo á Sara á la habitacion donde habian dejado á Jacob. La madre penetró en ella con los brazos abiertos; però se quedó como una estatua cuando vió que no habia nadie.

—Me habeis engañado, dijo con angustia.

—Cálmate, repuso Oliveros sorprendido... tal vez haya podido escaparse... Dicho y hecho, añadió alzando la vista á la ventana; se ha descolgado á la calle. Sin duda alguna lo encontrarás en casa.

La judía desapareció como un relámpago, y Oliveros no tardó en salir, satisfecho de haber sustraído aquella muger á la venganza de su ingrato maestro.

V.

La noche de aquel funesto dia se puso el sol de un color de fuego, y el horizonte parecia un volcan inflamado, como si al cruel azote que diezmará la ciudad, se hubiese agregado el no menos cruel de las llamas. Agolpada la muchedumbre en la plaza de San Francisco, lanzaba gritos de furor, y solo faltaba á las masas un impulso para que estallase la cólera popular.

De pronto salió una voz de entre los grupos, y á los gritos de ¡allí viene el médico! abrió paso la multitud, y el físico al son de las ruidosas aclamaciones empezó á arengar al pueblo subido en un tonel, hablándole de los muertos que habia habido en la ciudad el día anterior, y de los pocos que habian tenido los judíos cuando su población subía á tres mil almas.

Un murmullo sordo acogió estas palabras, y el médico, enseñando las yerbas que tenia en la mano, habló de envenenamiento, acusando principalmente á Sara Félix y su hijo.

—¡Mueran los judíos! gritó la multitud.

—¡Mueran! exclamó el médico; ¡al cuartel de los judíos! y blandiendo un puñal se puso al frente de la desenfrenada turba, que con antorchas encendidas siguió al doctor, el cual solo pensaba en la venganza.

—¡Maestro! le dijo Oliveros atajándole en medio de una calle; perdonadme, que no he tenido razón para abandonaros.

—Retírate, le contestó el médico; déjame y sigue tu camino.

—Perdonadme, maestro, y desde hoy obedeceré sin decir una palabra al que me ha enseñado lo poco que sé.

El médico titubeó un rato: pero al fin alargó la mano á su discípulo, y haciendo una señal á la muchedumbre, prosiguió su marcha hacia el barrio de los judíos.

Entretanto la habitación de Sara era teatro de una escena de otro género. La pobre madre habia encontrado á su hijo, y pasado los primeros momentos de alegría, Jacob la enteró del designio del médico, y la conjuró á que huyese, diciéndola que habia hecho un lío de las mejores prendas, envolviendo todas las joyas, y que llevaba en su escarcela el dinerillo que habia en casa.

La judía cogió á Jacob de la mano, y ambos se dirigieron á la puerta, pero encontraron un impedimento que no esperaban. Todos aquellos á quienes Sara habia prometido la salud si encontraba á su hijo, iban á exigir el cumplimiento de esta promesa, y en vano quiso Jacob hacer comprender á sus correligionarios el peligro que corría su madre. El miedo á la muerte habia cerrado sus corazones á la gratitud, y viendo Jacob que su madre estaba en peligro entre aquellos furiosos, la hizo entrar, cerró la puerta y aguardó á que se presentase mejor ocasión de huir.

Voces siniestras y el resplandor de las antorchas, anunciaron á los judíos el peligro que corrían; pero se hallaban tan desanimados, que ni aun pensaron en defenderse, y la carnicería duró mas de dos horas.

Al cabo de ellas el médico, fuera de sí, los ojos echando fuego y el cabello erizado, se dirigió á la casa de Sara, seguido de la insana muchedumbre, y por Oliveros, que observaba sus movimientos con extraño interés.

Degollados muchos de los infelices que tenían sitiada á Sara, y derribada la puerta, el médico se arrojó hacia la judía, y tirando á sus pies las yerbas, gritó con voz de trueno:

—¡Muere, envenenadora!

Iba á descargar su puñal, mas sus pies temblaron, y cayó en tierra como herido de un rayo. Varios hombres se habian apoderado de Sara, y asestaban sus puñales contra el pecho de la infortunada, cuando Jacob, que habia re-

cogido las yerbas haciendo frente á los verdugos, exclamó:

—¡Deteneos!... la vida de mi madre por la de vuestro médico atacado de la peste.

La seguridad del niño desarmó á los asesinos, los cuales bajaron las armas, y sin soltar á la judía dieron su consentimiento tácito á lo que proponía Jacob. Este se precipitó hacia la bebida empezada á preparar aquella mañana, y arrojó en ella la planta, causa de tantas desgracias.

Entretanto el médico se habia incorporado, y dijo con voz débil:

—¡Sara! ¡Sara! ¡He sido cruel é injusto para contigo!... Dáme la vida... tu bálsamo...

—¡Jamás! ¡jamás! exclamó Oliveros: ¿no nos habeis dicho que es un veneno sutil?

—No, respondió el médico haciendo un esfuerzo... el bálsamo de la judía da la vida.

—Amigos míos, exclamó Oliveros: mi maestro se ha vuelto loco; no permitamos que le envenenen en nuestra presencia. Demos el remedio á ese infiel, y si hace buen efecto... entonces...

—¡Por Dios, Oliveros! ¡la vida! ¡el bálsamo!

—No, maestro, os quiero demasiado, contestó Oliveros sonriendo, y antes que hayamos experimentado...

—¡Aquí está la bebida! dijo Jacob.

—¡A mí! ¡a mí! murmuró el médico.

—¡Primero el judío! repuso Oliveros, ó perece Sara.

Asustado Jacob con esta amenaza, dió la bebida á Daniel, mientras el físico articulaba sonidos ininteligibles, en medio de los cuales se distinguía:

—¡Amigo mío!... ¡me muero!... ¡Salvame, salvame!

—¿Qué efecto hace el remedio?... preguntó Oliveros á Jacob.

—Obra poco á poco.

—Pues no veo señal alguna de curación,

—Esperad un cuarto de hora, y vereis á Daniel en pie. Pero dejadme salvar á vuestro maestro.

—Cuando Daniel se levante.

Trascurrido el fatal cuarto de hora, Daniel se levantó débil pero sano, y los asesinos reclamaron el bálsamo para el facultativo.

—Sería inútil, dijo Oliveros, mi pobre maestro acaba de morir.

—¿Qué hacemos con esta muger? preguntaron los malvados.

—La vida de mi madre, gritó Jacob, y os doy el bálsamo.

Aceptada la propuesta por los asesinos, soltaron á Sara, en cuyos brazos se arrojó Jacob.

—¡Para nosotros el bálsamo!... exclamaron los hombres.

—¡Para nosotros la libertad! gritó Jacob cogiendo de la mano á su madre.

—¡Y para mí el libro de las ciencias! dijo Oliveros mirando al médico tendido á sus pies.

Sara y su hijo se lanzaron á la calle, pero tres ó cuatro desalmados que los conocieron iban á detenerlos, cuando se presentó un hombre armado de punta en blanco, con dos criados que llevaban dos mulas del diestro, perfectamente enjaezadas.

—Judía, dijo á Sara: una para tí y otra para tu hijo. El señor de Luna te debió la vida, y viene á pagar su deuda.

VI.

Quince dias despues Sara y Jacob se hallaban en Africa, donde vivieron en paz, siendo citado Jacob como modelo de piedad filial.

En cuanto á Oliveros, no disfrutó mucho tiempo del tesoro de las ciencias, adquirido por medio de un asesinato. Algunos dias despues le hallaron muerto en su laboratorio.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL GALLO Y LA GALLINA.

La escuela de Salomon.—El cedro y el hisopo.—El leon y el gallo.—Superioridad de éste.—El cocinero y el zorro.—Historia del gallo.—La gallina modelo de las madres.—El gavilan.—El gallo y la gallina, primeros agentes de la civilizacion.—El gallo de los gaulas.

Salomon el mas sabio de los reyes y el mas prudente de los hombres, despues de haberlo estudiado todo, profundizándolo todo, ha hecho dos grandes descubrimientos: ha dicho, *que todo era vanidad de vanidades*, desde luego despues ha reconocido que todo era igual en la creacion, que el cedro y el hisopo, el elefante y la pulga tenian el mismo valor: solamente ha añadido: un leon muerto no vale lo que un mosquito vivo.

Esta filosofia deberia ser la de todos los hombres. Sin embargo, no es asi. Las preocupaciones de escuela, han crendo las preferencias y las comparaciones, y los mejores talentos han sido esclavos de la rutina.

Comparad para juzgar, claman los maestros, olvidándose de Salomon: y los discipulos comparan y juzgan: desdennan el humilde hisopo y no miran mas que la alta y robusta encina: admiran el elefante y se guardan bien de tomar un microscopio para observar la pulga.

Partiendo del mismo principio, los maestros de historia natural han establecido enormes diferencias entre los seres y los productos de la creacion. Si encuentran en su camino el hisopo lo designan asi: una yerbecilla, y no hablan mas. Si encuentran el cedro, ¡oh! entonces la frase se remonta, se desarrolla el periodo, se multiplica la página, se forma un libro: no se escribirá nunca bastante sobre el cedro; diríase que la creacion del cedro ha costado grandes esfuerzos á Dios, y que el hisopo ha sido puesto en el mundo sin trabajo alguno, de aquí viene una atencion y una admiracion relativas, porque no se estima el valor de una cosa sino despues de haber pesado el trabajo que ha costado á su autor.

Yo lo confieso humildemente, no pertenezco á esta escuela de observadores: me atengo á ser el discipulo del sabio autor del *Ecclesiastes*, y de los *Proverbios*, creo que la pulga no ha costado mas trabajo al Creador que el elefante, y que el primero es tan admirable en su pequeñez infinita, como el segundo en su inmensidad: yo creo que la invisible semilla que llevada en alas de los vientos fecundos ha plantado el hisopo, es tan misteriosa y tan interesante como el tallo que ha hecho el cedro, y que el grano de arena tiene tanto peso en la balanza de Dios como el Cáucaso y los montes Pirineos.

Asi al tratar de un objeto vulgar, como lo indica el título de este capitulo, experimento tanto terror, cual si fuese á tratar la cuestion mas grande de geologia. La admiracion por la obra creada, debe ser siempre amiga: solamente le es permitido al observador estudiar las cosas y los seres de la naturaleza, bajo el punto de vista de mayor utilidad para el hombre. Le es permitido preferir el manzano al cedro y el buey al elefante; empero aparte de estas ventajas para el egoismo humano debe tenerse para todas las cosas creadas igual admiracion.

El naturalista Saavers en su historia taxidérnica, llama al gallo *el leon de las aves*.

A pesar de nuestra deferencia por Saavers, no nos atrevemos á adoptar esta definicion: no hace bastante justicia al gallo. El valor de esta ave merece mas.

Yo tengo el convencimiento de que el gallo es mas valiente que el leon.

Seguramente nadie tributa mas homenaje que yo al leon, ese magnífico cuadrúpedo, emperador del desierto, poderoso animal que tiene el Atlas por palacio y lleva sobre su noble frente toda la salvaje magestad de su naturaleza natal: pero á ejemplo de los ilustres héroes históricos ó fabulosos, el leon experimenta á veces pueriles temores, el leon conoce el miedo como el valiente romano y el valiente gaula.

Bayardo temia los arcabuces de gancho: Luis IX temia el fuego griego: Ajax temia la noche: Hector temia á Aquiles: el romano temia al dios Pan: el gaula temia á la caída del cielo.

A ejemplo de tantos héroes, bien puede añadirse sin herir la dignidad del leon, que este intrépido habitante del Atlas teme tres cosas: el ruido del mar, la serpiente y el canto del gallo.

El leon conoce el miedo. Aun hace pocos años que en la plaza de toros de Madrid, vimos todos huir á un leon de las astas de un toro con quien se le habia echado á luchar. Lo vimos, pues, herido, vencido completamente por el toro *Caramelo*, cuando por las ideas que del valor del leon se han generalizado dudaban muy pocos del triunfo del rey de las selvas.

El naturalista Saavers ha cometido, pues, un error queriendo lisonjear al gallo, este noble bípedo no teme á nada y no retrocede delante de ningun enemigo. Si asusta al leon, es porque su canto es una tirada de notas heroicas que revelan un corazon indomable y parecen cantar una victoria cierta antes del combate. En medio de la noche cuando todos los animales se callan por miedo, duermen por necesidad, ó rondan rateramente, solo el gallo entona su brillante cavatina, exenta de toda cobardía, y parece decir que vela por la salud de todos. ¿Qué hace el leon

a las mismas horas? merodea, caminando de puntillas, se acurruca y se embosca delante de algun abrevadero de ciervos, se guarda muy bien de rugir de miedo de atraer sobre él una manada de tigres ó una colonia de elefantes. Toda la ventaja, pues, está en favor del gallo, con perdón del naturalista Saavers.

Desde la punta del pico hasta la punta de los espolones revela el gallo su natural valiente: jamás palidece su encarnada cresta, jamás cambia su altivo paso: siempre está pronto al ataque y á la defensa: siempre á la vez vigilante centinela é intrépido soldado. Si coge listamente un grano de maiz es por obedecer á una vulgar necesidad de la naturaleza, empero inmediatamente vuelve á levantar la cabeza; mira, escucha, agita sus espléndidas alas: la mas corta comida aplaca su hambre: se encuentra aun en él la austeridad de los completos héroes.

Dotado de las facultades mas belicosas, no desea sin embargo, el gallo, mas que pasar su vida en medio de los cuidados de su familia, pero tiene en sus instintos el sentimiento de su fatal destino: sabe que está rodeado de peligros, y que su familia es la provision perpétua de la glotonería humana: por eso tiene esa fisonomía de perpétua inquietud y esa postura de caballero galante, pronto siempre á entrar en liza y cantándose á sí mismo el triunfo del torneo.

Tan cierto es que los mas preciosos dones, la belleza, la gracia, la fuerza, el valor, la inteligencia, la lealtad, no bastan á apartar los cuidados y las desgracias en este picaresco mundo.

El gallo tiene graves motivos de continua angustia: por de pronto tiene siempre un cuchillo de Damocles suspendido sobre su cresta: este es un peligro personal, y para él es el menor. A su guarda está confiada una numerosa familia espuesta á los caprichos domésticos, y á los ataques del exterior. Durante el dia hay peligro por el lado de la puerta: durante la noche por cualquier brecha del gallinero. Dos enemigos le amenazan sin cesar, el cocinero y la zorra. Contra el enemigo interior el valor y la defensa son inútiles: es preciso resignarse, cubrirse la cabeza con sus alas, y tomar luto. Contra el enemigo exterior es otra cosa, aqui ya no hay resignacion.

¿Cuántos heroicos combates han iluminado las estrellas en los corrales, y que no han sido anunciados por ningún parte oficial!

En una sombría noche, y como dice el poeta, en el silencio favorable de la luna, un zorro ingenioso ha abierto su trinchera bajo los muros de un gallinero: se ha proporcionado un camino cubierto trabajando á la zapa, y favorecido por un terreno movable se halla á punto de hacer irrupcion en la plaza.

Las gallinas duermen doblado el pico bajo el ala, con el feliz descuido de la estupidez.

El gallo vigilante no duerme; jamás centinela avanzado presta mas atento oído á los ruidos y rumores misteriosos. Escucha inmóvil como el ibis, el trabajo subterráneo del ingeniero: y no contando mas que consigo mismo para combatir al enemigo, no toca á alarma ni perturba ningún sueño.

De pronto un siniestro ruido turba el silencio de la noche: ha estallado la mina.

Despiertan sobresaltadas las gallinas, cae el zorro so-

bre la familia, como el lobo sobre un rebaño: oyese un horrible estruendo formado con el aleteo y cacareo de desolacion: ¡es la miniatura el corral de una ciudad tomada por asalto!

* Se ha visto á héroes abandonar una ciudad sorprendida así de noche por un enemigo implacable: se ha visto al valiente Eneas huir de Troya: el gallo, defensor único de una débil plaza, es mas animoso que el hijo de Anchises y de Venus: aunque tuviese veinte salidas abiertas para poder volar, se quedaria en el campo del honor: no retrocederia ni delante del tigre ni del buitre: no le hace al zorro el honor de vencerle. Precipitase sobre el nocturno bandido con la impetuosidad del hipógrifo: se planta sobre él: lo destroza con sus espolones de hierro: y le clava su pico para arrancarle los ojos: lo espanta con gritos roncós y estridentes que parecen salir del pecho de un leon, y no de la garganta de un pájaro. Aturdido el zorro con esta defensa y aporreado con los aletazos, espolonazos y picotazos, abandona el corral con la cabeza entre piernas arrastrando su ancha cola y prometiéndose no volver á atacar mas que á corrales que no tengan gallos.

Una viva agitacion sucede á esta batalla: las gallinas temblorosas arreglan su plumage descompuesto. El gallo fiero y altanero se coloca en el palo mas alto del gallinero, y con su cacareo anuncia su victoria á la quinta y á las casas contiguas.

Cuando la zorra no encuentra mas que gallinas hace terribles destrozos: degüella cuanto cae debajo de sus dientes: se harta de sangre y carne fresca, y después de esta orgia de bandido, piensa en volver al dia siguiente, llevándose abundante provision á su madriguera.

La fábula ha dado á la zorra una alta reputacion de astucia, que la Biblia atribuye solo á la serpiente. Los animales todos están dotados de un maravilloso instinto que no es otra cosa que la astucia y sagacidad para satisfacer sus necesidades. La zorra no es mas astuta que cualquier otro animal, y la naturaleza la ha dado una cola enorme y pesada que mete mucho ruido entre las matas y mieses, y le hace un flaco servicio cuando quiere emplear sus tretas para atacar la caza. Por su parte el gallo, cuyo oído es maravilloso, oye desde muy lejos las ondulaciones de la cola de la zorra cuando en mitad del dia se pasea entre las gallinas, entonces da un grito de alarma cuyo sentido no comprenden las gallinas estúpidas y glotonas: continúan en ir picando por los campos, y el gallo, buen espeso en el fondo, se ve obligado á echarlas de él y empujarlas hácia la casa inmediata donde la presencia de las gentes le ofrece toda seguridad.

Si se tratase de establecer títulos de nobleza, el gallo debe ser mirado como el mas noble de los animales. Ha merecido la atencion de los legisladores, de los filósofos y de los poetas. Su historia tiene mucho que meditar.

Entre los antiguos persas encontramos el gallo considerado como un dios. Miraban los persas á esta ave como el principio de la vida, y afirmaban que era hijo del Sol. Entre los caldeos, pueblo de astrónomos, se tributaban homenajes á este brillante cantor que saludaba la salida del sol como Memnón.

En la *Theogonia* de Hesiodo, el gallo está consagrado al Sol. Los pueblos que á falta de religion adoraban al astro del dia no han encontrado en la naturaleza mas que esta

ave para la ceremonia de su culto y el servicio de sus altares.

Entre los griegos era mirado el gallo como el emblema misterioso de la salud, de la fuerza, de la vida. Se sacrificaba un gallo á Esculapio para obtener la curacion de los enfermedades. Sócrates, al beber la cicuta y sentirse morir, mandó por burla á sus servidores que sacrificasen un gallo al Dios de la medicina, al hijo de Apolo. Así la historia mitológica del gallo vino á hallarse mezclada con la historia del filósofo mas grande de la antigüedad.

En todas las antiguas pinturas de la Pasion santa de Jesucristo en el Calvario, encontramos el gallo. Estiende sus alas y hace oír su canto á un lado del árbol de la cruz ó

como dice este bello hemistiquio que es un proverbio latino.

Ademas los poetas han apurado su estilo é imágenes en celebrar la belleza, la gracia, y la vigilancia del gallo. Todos le llaman el pájaro guerrero, el pájaro belicoso, el pájaro vigilante, *vigil martius belliger*. El divino Virgilio le consagra uno de esos admirables versos como el los hacia todos, uno de esos versos eufónicos cuyas notas melodiosas forman la cadencia del canto de la mañana.

Excubitorque diem cantu prædixerant ales.

El pájaro centinela habia anunciado el día con su canto.

Ovidio, el segundo Virgilio, amaba esta hermosa ave y



Las zorras en un corral.

sobre una rama del jardin de las Olivas. Interesante alusion á la palabra de Jesucristo: *Priusquam gallus cantet, ter me negavis*: me negarás tres veces antes que el gallo cante. El apóstol tímido renegó las tres veces del Salvador, é inmediatamente cantó el gallo, *et statim gallus cantabit*.

Si penetramos en las poblaciones africanas salvajes que habitan los oasis del gran desierto, entre el Fezzan y la Nigricia, encontramos el culto de la serpiente y el gallo, y groseras pinturas sobre lana representando estos dos animales. Esto se concibe muy bien, los pueblos que viven en la terrible vecindad de los leones, naturalmente han sido llevados á tributar culto al ave que espanta estos formidables cuadrúpedos:

Metuenda leonibus ales,

la ha celebrado en sus versos. Recuerdo sobre todo uno de este gran poeta que espresa la sensacion que se siente al escuchar el cántico que precede á la aurora y no turba el silencio de los últimos momentos de la noche.

Evocat auroram, nec voce silentio rumpit.

Citaré aun otro verso que ha servido largo tiempo de testo á los romanos al marchar á un viage. Nosotros decimos en igual caso *ya han dado las cinco en la Puerta del Sol*; los romanos decian citando á Ovidio:

Jam dederat cantum lucis prænuntius ales.

Ya el ave que anuncia la luz habia dado su canto.

Si los naturalistas hubiesen cumplido con su deber re-

cordando como yo he tratado de hacerlo los títulos de nobleza del gallo: si Saavers no hubiese llamado payamente á esta ave *el marido de la gallina*, no se hubieran visto esas estúpidas y atroces peleas de gallos en que median tantas apuestas. Se me dirá tal vez que los gallos no desean mas que batirse, y que los especuladores en estas funciones no hacen mas que seguir los instintos de estas belicosas aves abriéndoles un palenque y refidero. Error inglés: heregía zoológica. Colóquense frente á frente dos leones para divertir al público en una pelea: jamás se logrará que se batan, primero devorarán al público y á su amo. La esquisita sensibilidad del pundonor falta al león y desgraciadamente la tiene el gallo. Dos de estos alados combatientes que no se conocen, que no tienen ninguna rivalidad de corral, ningún rencor de celos, no se bati-

ral bastante despóticamente con la muger, y le impone los defectos que tiene. Al contrario el gallo tiene á su favor la belleza, la gracia, la fuerza, el valor, la nobleza, todas las cualidades, en fin, que faltan á la gallina, y sin embargo, ¡qué atención tan esquisita, qué cuidados conyugales, qué consideraciones domésticas no guarda con ellas esta maravillosa ave! A pesar de toda su belleza es tan sumiso como un esclavo con las gallinas, cual si fuera un monstruo de fealdad y tratase de hacer olvidar sus defectos por sus buenas cualidades.

Yo creo, sin afirmarlo, que todos los animales han sido criados para dar lecciones al hombre. El discípulo ha permanecido sordo, ciego é ingrato. Si las mugeres tuviesen necesidad de lecciones de amor materno, cosa imposible, tomarían su modelo en una de esas buenas madres



La gallina y sus polluelos.

rían si por acaso se encontrasen: pero colocados delante del público, no quieren dar pruebas de cobardía y pasar por gallinas: se acometen, se destrozan obedeciendo á este exagerado pundonor. En Inglaterra y en muchas provincias de España, particularmente en Andalucía, la riña de gallos es un espectáculo muy frecuente.

La gallina es la antítesis viva del gallo. Es sin duda una ley misteriosa de la naturaleza, la que ha establecido esta enorme diferencia moral y física en la misma especie. Tal vez el gallo ha sido creado para dar al hombre lecciones de sabiduría doméstica. ¡Quién sabe! Las conjeturas son permitidas, ensayemos una. El hombre es inferior á la muger en belleza, en gracia, en encantos, en sensibilidad, en inteligencia, y sin embargo, el hombre se conduce en gene-

de la raza gallinácea: una de esas madres atentas, cuidadosas, vigilantes, desinteresadas, que cubren sus polluelos con sus alas, con sus miradas, con su amor. No hay cuadro mas interesante, y como es muy vulgar, nos desdeñamos de mirarle. Los corrales son indignos de nuestra atención.

Acompañar sus hijuelos, no tener ninguna preferencia, amarlos á todos con un amor igual, mostrar por todos la misma solicitud, buscar su alimento, privarse ella misma de él por darle á su familia, pavonearse inocentemente con el orgullo de su fecundidad: todo esto es mucho, sin duda, pero la gallina da en cierta ocasion un ejemplo de heroísmo tan noble que supera á todas sus demas cualidades,

En el momento en que la gallina se parece á aquella madre del Salmista, á aquella madre que se regocija en sus hijos, *matrem filiorum letantem*, una invisible nube cruza por el azul del cielo, un lastimero gemido se oye en el aire, jamás han oído los polluelos esta doliente nota y la conocen. Suspenden sus juegos, la gallina abre sus alas, y cubre con ellas sus hijuelos.

¿Quién puede engañar el ojo de una buena madre, ó por mejor decir de una madre? Buena es una palabra superflua antes de madre. La costumbre hace cometer equivocaciones: perdonémoslas nuestras lectoras.

Esa nube invisible para todos es un gavilán: un bandido del aire, un feliz criminal que concluirá sus días en tranquila calma si no le alcanza una bala.

La desgraciada gallina ha descubierto el ave de rapiña como Leverrier descubre un planeta invisible. Estremécense todas sus plumas, palidece su cresta. El peligro es inmenso. ¡Sábese lo que puede hacer un gavilán!

Este pájaro asesino ve distintamente desde lo alto del cenit el átomo que rastrea sobre la tierra: cae como un aerolito, como un pesado plomo, recoge el átomo y se remonta otra vez á las nubes. Es un relámpago que anda dos veces el camino.

La gallina retiene su tesoro cautivo bajo sus alas, y mira con ojo oblicuo al infame raptor de sus polluelos. Ninguna queja exhala su pico: sabe que el menor grito sube á la atmósfera y descubre los que se quejan. ¡Pero cuánta inquietud, cuánta angustia, cuánto dolor maternal dejan ver en aquella silenciosa inmovilidad! En cuanto á ella, ha tomado noblemente su partido: nada teme por sí, todo el valor del gallo ha pasado á su corazón. Pronta á sacrificarse por sus hijuelos, no los oculta sino para presentarse ella como sola víctima al pájaro de rapiña, contenta con engañar al asesino y morir por la salvación de su familia. No pensará ni aun en resistirse de miedo de revelar con los movimientos de la defensa el tesoro que quiere salvar.

Si la terrible nube se aleja, si el gavilán, esa ave parodia del buitre, va á buscar á otra parte su merodeo, le sigue largo tiempo con los ojos en el inmenso camino del aire: no se apresurará á dejar en libertad á sus polluelos. Son tan finos los gavilanes, que algunas veces aparentan alejarse para volver, y así es que la gallina no se precipita. Cuando ha visto desaparecer el pájaro fatal en la inmensidad del horizonte da un grito alegre y suelta sus polluelos para que puedan retozar libremente sobre la yerba. La gallina es enemiga del agua, y así es que no hay una cosa mas triste que ver una gallina mojada.

Los latinos han dado dos nombres muy bien compuestos al gallo y á la gallina, *gallus* con nuestra verdadera pronunciación meridional es una palabra soberbia y altiva como la ave que designa. Descompuesta en seguida, tiene una declinación suave para designar la hembra, *gallina*. La lengua española, heredera directa del latín, ha conservado las dos palabras creadas en Roma, y ha hecho bien. En tanto en cuanto es posible, las palabras deben ser las imágenes de las cosas. Las lenguas griega y latina son galerías silábicas de pinturas, un largo concierto melodioso.

El gallo y la gallina son desde la creación del mundo dos necesidades absolutas de la vida humana: así se los encuentra en todos los países, bajo todas latitudes, en todos

los climas. La inagotable naturaleza ha variado hasta lo infinito las formas de esta especie: hay la gallina de Siam, de la Cochinchina, de Berbería, de Bengala, del Perú, de Lancaster, de Java, de las islas del Océano del Sur y de otros muchos países aun. La primera idea que le ocurre á todo colono en una tierra desierta, es el naturalizar las gallinas ó los gallos alrededor de su choza. Estas aves se aclimatan en todas partes, son maravillosamente fecundas, y aseguran la existencia de las familias. Los buques y vapores que hacen escala en los golfos de las islas ó de lejanos continentes, hallan siempre corrales fecundos para hacer grandes provisiones sin empobrecer á los naturales del país; estas aves son también el maná providencial de todas las fondas, posadas, ventas y ventorrillos del universo. Parece que los viajeros estarían espuestos á morir de hambre si faltasen los huevos. El huevo es un símbolo: es el germen de la vida, y los cartujos de San Bruno tenían mucha razón en pronunciar estas palabras «recibe la sal de la sabiduría; *accipe salem sapientie*» al echar la sal en los huevos. La sabiduría antigua quería que todo festín comenzase por los huevos: de aquí el proverbio *Ab ovo usque ab mala*; desde el huevo hasta las manzanas. El principio y fin de la comida no variaba jamás.

Tres grandes y antiguos pueblos han elegido sus emblemas de guerra en los animales: los romanos han adoptado el águila, los cartagineses el león, los gaulas el gallo. Así un simple pájaro de corral ha sido elevado á una dignidad heráldica que le ha colocado al nivel de la reina de los aires y del rey del Africa. El gallo ha tenido un honor que le faltó al león. Anibal, el cartaginés, plantó su león de Numidia sobre las alturas del Janículo, empero Roma le gritó: «No pasarás de ahí. *Non amplius ibis.*» El león retrocedió, bajó al llano y no volvió á presentarse mas. Había visto de lejos el campo de Marte y el templo de Júpiter Capitolino: no lo vió jamás de cerca.

El gallo intrépido, el gallo que se lanzaba desde una rama de encina de oro, el gallo de Breno, el gaula, ha atravesado la Italia cuatro siglos antes de la era cristiana: ha entrado triunfante en Roma, se ha colocado como vencedor sobre el templo de Delfos, á pesar del oráculo, y ha balanceado mas tarde durante diez años la fortuna del águila del gran Julio. Si Manlio Capitolino ha derribado el gallo gaula de lo alto del Capitolio, su audacia le ha sido funesta, porque este desgraciado romano fué precipitado de lo alto de la roca Tarpeya, y el gallo de Breno ha sido vengado. Si Manlio hubiese respetado á la sagrada ave, si hubiese dejado á los gaulas tranquilamente establecerse en Roma, á donde traían la vida desconocida de Baco, hubiera vivido y envejecido al pie de la roca Tarpeya, y no hubiera conspirado por hacerse rey antes del consulado de Sextio.

Para completar este artículo diremos aun unas palabras del gallo y la gallina considerados como accesorios de los paisajes y de los cuadros.

Los grandes pintores de la escuela flamenca han sacado siempre un gran partido de esta ave, y parece que una vista de una quinta, de una aldea, de una pradera, quedaria incompleta si el artista hubiese olvidado en el lienzo el gallo y las gallinas.

Recórrase una galería de pinturas: ¿qué se ve en ellas? Ventas en un camino, con un hombre á caballo que pide



Agnesia o el arroyo de las flores

de beber: molinos con una rueda cubierta de espuma, lagos con tranquilas aguas, rodeadas sus orillas de álamos, puentes sobre un arroyo delante de una quinta, una pradera, vastas cuadras y caballerizas, mitad al sol y mitad á la sombra, donde hay una yeguada: y como eternos accesorios de estas vistas siempre la gallina picando en tierra y el gallo siempre con la cabeza erguida.

MERY.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

AGNESIA.

O EL ARROYO DE LAS PRIMAVERAS.

El palacio y la cabaña yacen en un profundo sueño.... la luna está cubierta con espesas nubes: una sola luz brilla en una calle de la aldea: es la de Agnesia.

Agnesia llora.

¿Por qué, me direis, tiene luz para llorar?... ¿Qué se yo!... para ver correr gota á gota sus lágrimas... para no estar sola en la oscuridad. El dolor como la alegría tienen necesidad de claridad: no hay cuadros por tristes que sean que no los ilumine algun rayo de luz.

¿Por qué llora Agnesia la rubia, Agnesia la de los ojos negros, blanca como una paloma de rosado pico? ¿No está en la primavera de su vida en que todo es oro? ¿No tiene porvenir, ese gran libro abierto sin cesar delante de nosotros sin que podamos comprender nada en él?

¡Ay! Agnesia está indicando la falta de un buen mozo, cuya ventana está en frente de la suya, un labrador de los alrededores que de tiempo en tiempo hace largas ausencias.

—Muchacha, la dice su madre, una anciana criolla, haces mal en pensar en ese loco que te mira entre las ramas del bosque... es misterioso y discreto, y ni se sabe aun su nombre.

—Ya comienzas con tus historias, dijo Agnesia.

—Hija mia, replicó la tia Marta gravemente, Dios es grande, quisiera tener confianza y esperar en el porvenir alguna cosa feliz.

—Yo he soñado con él, dijo Agnesia.

—Locura.

—No, he soñado que estaba enfermo esta noche. Yo estaba encargada en tu lugar de cuidar de una joven abandonada de todos. ¡Pobre ángel!...

—¿Y qué viste, hija mia?

—Una tumba preparada, un negro ataud... le he abierto... y he metido dentro la mano.

—¿Y qué mas? preguntó la anciana.

—He encontrado allí...

—¿El qué?

—Una rosa. Una hermosa rosa de cien hojas, apenas abierta, y que despedía alrededor de mí una deliciosa fragancia. He querido saber cómo estaba hecha... ¡Es una tan particular cuando sueña! La deshojé. Entonces una voz dulce como la vibración de la cuerda de una lira, me ha dicho: ha concluido tu desgracia. Inmediatamente estendi mis brazos, pero mi mano se colocó sobre una cosa fria.... Era mi rosario de perlas.... acababa de desperdarme....

—¿Y de ahí pronosticas una buena noticia?

—Si, dijo la joven, me sucederá una cosa buena.

En aquel instante la tia Marta levantó la cabeza que desembarazó de su cofia, y se vió tomar á su rostro una espresion sublime y dolorosa á la vez.

Marta era criolla.

Su color, aunque bronceado, no excluía una admirable belleza que habia resistido á la edad y á los dolores. Hija de las colonias tenia su admirable tipo: era la hija de Oriente á los diez y nueve años: era la hechicera de las Antillas á los cincuenta.

En toda la aldea la llamaban la madre de los enfermos: habia constituido la caridad en un estado.

La daban por pasar la noche en alguna parte, café y agua; llevaba consigo su devocionario, y leía á la cabecera de la cama de los labradores enfermos.

No la conocian familia.

Marta habia llegado allí hacia veinte años convaleciente con una hija, y se habia instalado en el modesto alojamiento que ocupaba aun. Durante el cólera habia probado al lado de todos los enfermos un heroico valor; su valentía la habia valido algun dinero y mucha consideracion.

Mas tarde vino á unirse con ella una hermana; era la única persona que habia admitido en su intimidad.

Pocos instantes despues de la conversacion que referimos, Marta cogió su mantilla para salir.

—Madre, dijo entonces Agnesia, jamás podré dejar de pensar en ese hombre que tanto nos quiere.

—Hija mia, respondió la madre, ¿sabes tú el nombre de su familia?

La joven se puso encarnada como una granada.

—No se lo he preguntado, respondió.

—¿Gran Dios!

—¡Oh! no os incomodeis, madre. ¡Si supiéseis cuánto es nuestro amor! Ignoro si debeis reprenderme, pero lo que yo siento por Alberto es un sentimiento puro, casto, dulce como la amistad de los ángeles, y él es cuanto deseo, aun cuando jamás haya de verme unida á él, aun cuando jamás deba oír el sonido de su voz.

—¿Pero te ha escrito, desgraciada niña? ¿Dónde está su carta?

—Hela aquí, replicó la joven.

Y sacó de su pecho un papelito de color de rosa muy ajado; ¡tantas veces lo habia leído!

La madre leyó:

«Mi bella vecina:

«Jamás os hubiera escrito si no debiese marcharme, abandonaros... Mi padre se halla muy malo: los médicos le han recetado su aire natal. Dios sabe cuándo podré volver.

«¡Oh! Agnesia, sabeis cuánto interés me inspirais, interés de que no debeis ruborizaros. No: he visto muchas